

ACTO QUINTO

Almacén de bulla. Local grande, de sólidos muros y techo abovedado.

A la derecha, primer término, un ventanal; á la izquierda un estante con herramientas y otros objetos, pedazos de flejes, tablas, etc. El foro está dividido: á la izquierda, un cuerpo saliente, que es una de las habitaciones particulares de León, con una puerta frente al público, y otra lateral que da al foro, y almacenes. Por la derecha de este foro se va á la calle.

Utensilios propios del comercio de carbón. Banquetas y muebles toscos. Es de día.

ESCENA PRIMERA

El ALCALDE, que entra por el fondo; DON RAFAEL, que sale por la puerta pequeña del fondo.

ALCALDE

-(Sorprendido.) ¿Pero estaba usted aquí?

DON RAFAEL

¿Pues dónde querías que estuviese? Mi papel es consolar á los oprimidos, como el tuyo adular á los poderosos.

ALCALDE

No estamos para sermones. Dígame, ¿han vuelto á su casa los señores Marqueses?

DON RAFAEL

Sí.

ALCALDE

¿Y la Marquesita?

DON RAFAEL

En mi casa.

ALCALDE

Dijéronme que avanzó monte arriba largo trecho...

DON RAFAEL

Desolada, quería ser como fiera vagabunda del bosque. Yo no podía seguirla. La reduje al fin... Los padres, en cuanto se enteraron de que estaba en mi casa, corrieron allá. Escena de lágrimas... desmayo de Filomena, pucheros del papá... Pero Mariucha inflexible. Se ha encastillado en su potente voluntad, y cualquiera la rinde.

ALCALDE

¡Contentos están de usted los Marqueses y don Cesáreo!

DON RAFAEL

Ya, ya... Si á todo trance querían someter á María por el terror, y martirizarla en su propia casa ó en un convento, valiéranse de otros de mi oficio, que los hay, vaya si los hay, dispuestos para eso y para mucho más; pero este Cura no es de esa cuerda...

ALCALDE

¡Qué demonio! D. Cesáreo ha de mirar por el decoro de la familia, por el lustre de su nombre.

DON RAFAEL

(Burlón.) ¡Mucho, mucho! Lustre nuevo á cosas viejas, y barnizar con oro y púrpura las grandezas podridas...

ALCALDE

Reconozcamos que la posición que tendrá don Cesáreo dentro de unos días le dará un poder formidable...

DON RAFAEL

¡Malditas posiciones, que son como los castillos roqueros de antaño, de donde sale toda asolación de pueblos, todo el atropello y vejámenes de personas!

ALCALDE

Pero fíjese usted... Si Mariquita se sale con la suya... Lo que yo digo...

DON RAFAEL

(Interrumpiéndole.) Cállate. Todo lo que tú puedas decirme me lo sé de memoria. Es el lenguaje del servilismo, que entre las pisadas de los poderosos cultiva su interés. ¡El decoro de la familia, el nombre! Vale más un cabello de Mariucha que todos los nombres y remoquetes de los innumerables fantasmones que pueblan el mundo.

ALCALDE

(Queriendo explicarse.) Oigame... yo digo que...

DON RAFAEL

(Sin hacerle caso, con calor.) ¡Las posiciones! ¡Que me dé Dios vida para verlas arrasadas, hecha tabla rasa de todo este feudalismo indecente! Ea: abur.

ALCALDE

Aguarde: no sea tan vivo. (Autoritario.) Tengo que advertirle...

DON RAFAEL

¿Ordenes del bajá de tres colas... del Excelentísimo Sr. Duque...?

ALCALDE

Ordenes mías. Primero: no conviene que visite usted á este hombre... Segundo. Puesto que tiene á la fierecilla en su casa, exhortela, aconséjela con todo el sermoneo que usted sabe emplear cuando quiere, y una vez dueño de ella...

DON RAFAEL

Le echo al cuello una soga, y la traigo al redil paterno.

ALCALDE

Sin soga ó con soga, entendiendo por ésta la autoridad religiosa y moral. Antes de las tres ha de estar la señorita bien catequizada y bien amansada en casa de sus padres, para que puedan tomar todos el tren de las cuatro...

DON RAFAEL

Bien, Nicolás. ¿Lo manda el amo?

ALCALDE

Lo manda el sentido común; lo manda también el señor Obispo, ¡ajo! que es muy amigo de don Cesáreo y...

DON RAFAEL

(Riendo.) Mucho, mucho... ¡ja... ja!... ¿Con que á las tres?

ALCALDE

Lo más tarde.

DON RAFAEL

Pues la traeré, hijo; traeré á la fierecilla... No te incomodes. La verdad es que tengo yo un miedo fenomenal á mi señor Duque, y al Obispo, y á tí... ¡Mucho, mucho...! (Vase riendo por el fondo.)

ESCENA II

El ALCALDE, ROLDAN, CORRAL, por el fondo.

ROLDAN

Risueño va el curita...

ALCALDE

Déjale, que ya le cortarán la risa... ¿Y don Cesáreo?

CORRAL

Ahora salía del Juzgado.

ALCALDE

¿Y el Juez...?

CORRAL

Enteramente á su devoción.

ROLDAN

Según eso, á este hombre se le puede cantar el responso.

ALCALDE

Yo entiendo que cederá en cuanto vea la que se le viene encima... El mismo será el que desencante á la encantada señorita... Para mí, á eso tira don Cesáreo...

CORRAL

Entiendo que no cede. Está enamorado-simo del ángel. Lo que hará será suicidarse, y me alegro.

ALCALDE

¡Hombre...!

CORRAL

Digo que allá me espere muchos años.

ESCENA III

Los mismos; CESAREO, por el fondo.

CESAREO

(Al Alcalde.) ¿Vió usted á ese maldito Cura; le dijo...?

ALCALDE

Que se arregle como pueda, ya por lo religioso, ya por lo moral, para encadenar á la rebelde...

CESAREO

Muy bien.

ALCALDE

Y traerla á casa de sus padres.

CESAREO

O convencida ó resignada: no hay otro remedio. Y ello ha de ser pronto...

ALCALDE

Si: para que tengan tiempo de tomar el tren ..

CESAREO

Pues adelante... Ea: suélteme usted la fiera. Verán qué pronto la amanso. (A Roldán y Corral.) Señores, despéjenme la cueva...

CORRAL

Aguardaremos fuera... (Vanse Corral y Roldán por el foro. El Alcalde entra en las habitaciones de León y sale en seguida.)

ALCALDE

¿Le dejo á usted solo?

CESAREO

Sí... En cuanto hable usted con el Cura, hágame el favor de pasar á casa de mis padres y advertirles que estén prevenidos... que vendrá María, que partiremos todos...

ALCALDE

Está bien... (Retirase el Alcalde por el foro; aparece León.)

ESCENA IV

LEON, CESAREO. (Este se quita los guantes con presteza y los arroja sobre el banco de cerrajería.)

LEON

(Con fría urbanidad.) Siento que venga usted á este almacén, lugar tan impropio para visitas... Hubiera ido yo á donde se me designara...

CESAREO

Aquí estamos bien, señor... (Vacilando en el tratamiento.) Creo inútil... y tonto... que nos engañemos dando yo á usted un nombre que no es el suyo. De antiguo nos conocemos, Antonio Sanfelices.

LEON

(Con gran tranquilidad, en pie.) Ese es mi nombre. A punto estuvo usted de conocerme aquel día en la sala de Alto-Rey... El polvo de carbón me sirvió de máscara...

CESAREO

Tras el velo negro creí ver el rostro del que fué mi amigo, del que dejó de serlo... no por culpa mía.

LEON

Por mi culpa, es verdad. Muchos amigos dejaron de saludarme. Algunos, pocos, me favorecieron con un trato de pura fórmula.

CESAREO

Yo fuí de esos.

LEON

Nuestro trato había sido hasta entonces muy cordial. Nos tuteábamos.

CESAREO

Cierto.

LEON

Y aun pareció que quería usted distinguirme con una benevolencia de pura fórmula.

CESAREO

Benevolencia que tú... (Vivamente, con transición de la rigidez á la sinceridad.) Perdona usted: siento vivas ganas de tutearle ahora como antes... Me sale de dentro.

LEON

Y á mí.

CESAREO

No porque el tuteo sea más familiar, más íntimo, sino porque es...

LEON

Más rencoroso...

CESAREO

Más expresivo...

LEON

Puede uno desfogar su pecho...

CESAREO

Sí, sí... Pues decía yo que no merecías mi benevolencia.

LEON

Yo creo que sí la merecía.

CESAREO

Hoy, con el mismo sentimiento compasivo miraría yo tu mengua... Pero resulta que no te avienes á llevarla solo, y quieres compartirla con una familia ilustre...

LEON

(Inalterable en su tranquilidad.) No doy ni quito mengua, ni con nadie la comparto, porque no existe.

CESAREO

¿Que no existe? ¿Quién la ha borrado?

LEON

(Con orgullo y convicción.) Yo la he borrado, yo. (Insistiendo.) Digo que yo la he borrado, y basta. Si la conciencia humana no pudiera ennegrecerse y limpiarse como esta cara mía, que viste tiznada de carbón y ahora ves blanqueada por el agua, no seríamos hombres, seríamos animales.

CESAREO

Retóricas... Eso se dice.

LEON

Y se hace. Puedes creerlo, puedes dudarlo. No tengo interés en convencerte.

CESAREO

Si, en efecto, lavaste tu afrenta, ¿por qué no procuraste que así lo comprendiese tu tío el Marqués de Tarfe, el noble anciano que...?

LEON

Por escrito le dije lo mismo que de palabra te he dicho á tí. Pero no me creyó. Como tú, me dijo: "Retóricas.."

CESAREO

¿Sabes que murió tu tío?

LEON

Lo sé.

CESAREO

¿Sabes que en su testamento no te dejó ni el más pequeño legado?

LEON

Lo sé. No esperaba herencia ni legado. Y

la verdad, no sentí la preterición de mi nombre en el testamento. Me satisface más vivir de lo que he adquirido con mi trabajo. Cada uno tiene su manera de borrar lo que fué, para dar mayor vida y realce... á lo que es.

CESAREO

¿Y de la causa que se te formó no tienes noticia reciente?

LEON

Si no recuerdo mal, me dijo el Marqués al despedirme, que se había sobreseído la causa. Supe que mis compañeros de infortunio fueron absueltos libremente. Por absuelto me tuve también.

CESAREO

Pues no lo estás.

LEON

¿Lo sabes tú?

CESAREO

Antes de venir aquí, quise conocer los antecedentes jurídicos de Antonio Sanfelices. En el Juzgado ví que el expediente no está sobreseído, y que fácilmente se le pone en tramitación.

LEON

¡Pues no te has dado poca tarea! ¡Tanto interés en contra mía! ¿Es por la justicia? (Con severidad.) No: es porque amo á tu hermana.

CESAREO

Por ambas cosas. Por la justicia en el concepto general, por la justicia en mi propia casa. Con una acción sola impongo castigo á quien lo merece, y corto el paso al hombre manchado que pretende entrar en mi familia.

LEON

¡Y con ese fin desentierras mi proceso... y le das impulso en Madrid, y aquí te rodeas de autoridades serviles para consumir tu obra, que quiere ser justicia, escarmiento, preservativo de la familia, y al fin venganza, porque eso viene á ser en realidad!

CESAREO

Justicia, venganza, preservativo, escarmiento, hámalo como quieras, y entrégate; ríndete ante un hecho contra el cual nada podrás.

LEON

¿Que no podré?... Bueno. (Se cruza de brazos y le mira, expresando una calma estoica. Pausa. Cesáreo le mira.)

CESAREO

(Con expectación.) ¿Desistes?... ¿Te das por vencido?

LEON

No desisto. Persígueme sin piedad. Cualquiera que sea mi situación, amaré á tu hermana...

CESAREO

(Sin quitar de él los ojos.) Con amor de ensueño nada más.

LEON

Con el amor que siento ahora, el cual no se satisface sino haciéndola mía para siempre.

CESAREO

(Airado.) Te prohibo nombrar á mi hermana.

LEON

¡Si su nombre está siempre en mí, cuando no en mis labios, en mi pensamiento!

¡Prohibirme que piense! Tú á prohibir, yo á pensar, veremos quién gana.

CESAREO

(Enardeciéndose ante la calma de León.) Esa estudiada calma, esa serenidad burlona no es más que la expresión de un cinismo repugnante que merece castigo, y me veré obligado á dártelo.

LEON

(Imperturbable.) Muy bien. Pues ese castigo de mis maldades caiga sobre mí. Impónmelo pronto, tú... con tu propia mano. No te importe estar en mi casa.

CESAREO

(Despreciativo.) Yo no: la ley.

LEON

¡Ah! es verdad: ya no me acordaba. Tú, creyéndome deshonrado, no puedes medir conmigo tus armas de caballero... ¿Y para qué habías de exponer tu vida, si ahí tienes la ley, auxiliar cómodo y barato, y puedes aniquilarme con tu poder feudal sin ningún riesgo? Yo, que nada puedo, sucumbiré, y tú quedarás triunfante, con la satisfacción de haberte librado de un enemigo sin de-

rramar ni una gota de sangre, sin un rasguño, sin la menor molestia...

CESAREO

¿Qué quieres decir? ¿Que temo batirme contigo?

LEON

En otras circunstancias no lo temerías. Hoy, ¿para qué habías de temer lo que no necesitas?... Pues ni con el duelo, si el duelo fuera posible, ni con echarme á los lobos de la Curia, conseguirás que yo desista. No sabes, no podrás saber nunca, Cesáreo, á dónde llega mi resistencia. El día en que creíste reconocirme, tu hermana dijo: "No es aquél, Cesáreo; es otro.", Gran verdad salió de aquel divino labio. No soy aquél: soy otro.

CESAREO

Palabrería, orgullo, afectación. (Contiene su ira; trata de dominar á León en otra forma, sugiriéndole ideas de amargura y desesperación.) Si la ley te coge en su garra y no te suelta, que no te soltará, caerás en grande abatimiento... perderás tu negocio... no volverás á ver á mi hermana, ni oirás siquiera su nombre. Ninguna ilusión te consolará, y el amor mis-

mo se te ha de convertir en un vacío angustioso, que te inspirará el horror de la vida. Tus días serán solitarios, tus noches serán lúgubres. No te quedará más consuelo que el sueño, el eterno olvidar, el eterno dormir.

LEON

(Calmoso, risueño.) Ya veo tu idea. Y es ingeniosa, Cesáreo... Claro, no me queda más que una solución: el suicidio.

CESAREO

No es solución: es fatalidad.

LEON

¡Ah, Cesáreo, qué mal me conoces! He padecido tanto, tanto; he llevado la carga de la vida en condiciones tales, que el vivir era para mí lo mismo que llevar á cuestras un cadáver... Pues aunque llegue á ser mi vida más abrumadora de lo que fué, aunque sobre ella pongas los desconuelos más negros y las tribulaciones más horribles, subiré con ella á todos los calvarios. No, Cesáreo: yo... no me mató. (Se sienta impávido.)

CESAREO

(Aparte, confuso, paseándose.) ¡Duro como una peña!

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MEXICO

LEON

Si contabas con mi suicidio, desecha esa esperanza... Busca otra.

CESAREO

(Fogoso, con arranque de sinceridad.) ¿Cuál? ¿Por qué camino desaparecerás y se perderá de vista tu existencia...?

LEON

Por ninguno. Todo lo soporto: deshonra, miseria, cárcel. De todas esas muertes resucito.

CESAREO

María te olvidará.

LEON

María no olvidará á su maestro.

CESAREO

Se avergonzará de haber querido á un criminal.

LEON

Nunca. María cree en mí.

CESAREO

Dejarás de verla.

LEON

Esperaré.

CESAREO

A tí y á ella, por medios distintos, quitaremos toda esperanza.

LEON

¡Abolir la esperanza! ¡Pues de Dios se dice que no quita la esperanza, y la vas á quitar tú!

CESAREO

(Exasperado gradualmente, su ira va creciendo hasta llegar al paroxismo.) Yo no consiento, no puedo tolerar, no quiero, no quiero que entres en mi familia.

LEON

No tengo interés... Con tal que tu hermana entre en la mía...

CESAREO

(Cegándose más.) Infame, soy caballero y castigaré tu insolencia.

LEON

Yo soy estóico, y no temo ningún castigo.

CESAREO

Cínico: pues no te rindes, expiarás los delitos que cometiste y quedaron impunes.

LEON

Está bien; es justo. Pero ni por ese medio, ni por el duelo, que como caballero no puedes aceptar, ni por el suicidio, que yo rechazo, te librarás de mí. No te queda más recurso que el asesinato... Asesíname, si te atreves. (Sin perder su serenidad, se levanta.)

CESAREO

(Frenético, disparado ya y con rabia impulsiva.) ¡Pues sí: me atrevo... el asesinato... el crimen! (Ciego, se precipita hacia el banco de cerrajería que está tras él, y palpando busca un arma.) ¡Te mato... villano!... ¡Muerte!...

LEON

(Acercándose.) ¿Buscas un arma? (Señalando al estante, en el cual, entre variedad de herramientas, hay cuchillos, limas y hacha.) Ahí tienes. Escoge lo que te parezca mejor. Yo estoy desarmado.

GESAREO

(Exaltado, buscando.) Esto... (Coge una lima y la suelta con repugnancia.) No: esto no. (Coge un hacha.) Esto... tampoco. (Lo arroja con desdén.)

LEON

¿Ves? No puedes. Tu naturaleza rechaza la brutalidad... Y hay en mí una fuerza ante la cual tu orgullo acaba por rendirse.

CESAREO

Sí... tu cinismo.

LEON

No: mi razón... la razón que me asiste.

CESAREO

(Pasándose la mano por los ojos.) No sé qué es esto. (Cae desalentado en un banco, por la brusca sedación que sigue al desmedido esfuerzo.) No es cobardía; no me creerás cobarde. (Se lleva la mano al rostro. Aparecen por el fondo don Rafael, María, y tras ellos tres personas (que no hablan), Cirila, otra criada, el sacristán de la parroquia sin sotana, que trae un saco de damasco rojo con ropas eclesiásticas y varios objetos de culto envueltos en telas, crucifijo, candeleros, libro de ritual. Entran sin ser vistos en las habitaciones particulares de León por la puerta lateral del foro. María permanece en escena.)

LEON

(Acercándose á Cesáreo.) Si lo eres. Valiente serías para matarme. Te falta valor para reconocer que eres injusto. (Acércase María lentamente.)

ESCENA V

LEON, CESAREO, MARIA, DON RAFAEL,
después el ALCALDE.

CESAREO

(Fija la vista en el suelo, fatigado.) Soy justiciero.

MARIA

No puede ser justiciero el que antes no sabe ser justo.

CESAREO

(Aterrado por la voz y la presencia de María.)
¡María!

MARIA

(Serena y grave.) Hermano querido: ni las acciones violentas ni las voces airadas valen conmigo. Con pocas palabras pondré yo fin á esta lucha, y haré que prevalezca sobre tu justicia egoísta y menguada, la verdadera justicia. ¿Decides matarle? Pues también á mí.

CESAREO

(Vacilante, turbado.) Matar... matar no.

MARIA

¿Decides el tormento curial, legal, ó como quieras llamarlo? Pues aquí estoy para compartirlo. (Aparece el cura por la puerta del foro.)

ALCALDE

(Entrando presuroso por el fondo.) Señor don Cesáreo, el maldito Cura pretende ganarnos la partida.

CESAREO

(Alarmado.) ¿Qué hay?

LEON

(Que ha hablado con don Rafael.) Nada, que cuando la razón quiere vencer, emplea los medios más sencillos. Como es inquebrantable resolución de María compartir mi suerte...

DON RAFAEL

(Vivamente, adelantándose.) Y como no es decoroso que, al partir hoy los señores Marqueses, permanezca en Agramante su hija... soltera...

CESAREO

Yo he determinado que parta con nosotros.

DON RAFAEL

Espérese un poco... yo he determinado casarla.

CESAREO

¡Oh burla villana, desprecio de mi nombre, de mi familia!

ALCALDE

(Furioso.) Esto no puede ser. Yo mando que...

DON RAFAEL

Y yo desobedezco... No te canses en mandar cosa alguna. Aquí, señor Duque, aquí mismo les caso.

CESAREO

¡Pero se atreve...!

DON RAFAEL

¡Que si me atrevo! Van á verlo. (Dirigese á la habitación del fondo; abre la puerta. Se ve que están improvisando una capilla. En la mesa del fondo han puesto ya un paño de altar y el Santo Cristo. Continúan preparando y adornando el altar.)

ALCALDE

¿Qué hacen ahí?

DON RAFAEL

Todo está bien dispuesto, y no faltará ningún requisito.

CESAREO

(Airado.) ¿Pero no sabe usted que incurre en responsabilidad?

DON RAFAEL

Firme en mi conciencia, yo afronto esa responsabilidad.

ALCALDE

Se le formará proceso...

CESAREO

Le sentaremos la mano.

DON RAFAEL

Yo siento el pie sobre la cabeza del feudalismo... Cierto que no podré aplastarla; pero, por de pronto, hago rabiarse al poderoso y le trastorno sus planes inicuos.

ALCALDE

Se incoará el expediente.

DON RAFAEL

Ello será inútil... y tonto, porque yo caso á estos jóvenes, y á ver, caballeros, quién es el guapo que los descasa.

MARIA

Hermano mío, si la crueldad y el odio prevalecen en tí, aquí nos tienes: somos dos almas para el sufrimiento.

CESAREO

El odio no existe. Otro sentimiento me mueve ya. (Volviéndose hacia el Alcalde.) Mi hermana ha muerto... Muerta la lloraremos... Vámonos.

DON RAFAEL

En nombre de Cristo, yo le incito á usted á la concordia, á la mansedumbre, al amor. (Pausa.)

CESAREO

(Vacilando, se pasa la mano por los ojos.) Quisiera... (Después de breve lucha interior.) No... imposible... imposible. (Para sí, consternado.) ¡Muerta Mariucha!... No puedo... no quiero verla... (Sale precipitadamente; tras él el Alcalde.)

ESCENA ÚLTIMA

MARIA, LEON, DON RAFAEL.

DON RAFAEL

(Suspirando.) ¡Cómo ha de ser! (Dirigese á la habitación del fondo; se quita la esclavina.) ¿Está todo pronto? (Se ve que han puesto los candeleros. Encienden las velas. Cirila pone sobre el altar búcaros con flores. Don Rafael les da prisa; sacan las ropas. capa, estola, y las colocan sobre un sillón.)

MARIA

(Alligida.) ¡Me lloran muerta!

LEON

(Estrechándole las manos.) Los muertos son ellos, vida mía.

MARIA

(Con efusión.) Yo vivo, sí; yo estoy viva. Vivo en mi conciencia, vivo en mis deberes, en las obligaciones de mi casa, de nuestra casa. Yo estoy viva. En mí rebosa la salud, estalla la alegría, y enciende el alma todas sus luces: la fe, la esperanza, el amor. Yo estoy viva. (Fijándose en el ventanal, ve que pasan

sus padres por el exterior.) ¡Ah, León... míralos... mis padres...!

LEON

Sí... Van hacia la estación.

MARIA

(Acercándose.) Véalos yo un instante. ¡Pobres padres míos! Van tristes, agobiados...

LEON

Como si asistieran á su propio entierro.

MARIA

(Con viva compasión.) Ya se alejan... Cesáreo se une á ellos... les habla... les dice que he muerto. Mira, mira... lloran... ¡Pobrecitos de mi alma!

LEON

Lloran; pero siguen... Se van... Por vanas pompas abandonan los afectos más puros...

MARIA

Aceleran el paso... Ya no les veo...

LEON

(Enlazándola por la cintura, la retira del ventanal.) Son la generación que fué, que ya vivió y pasa.

MARIA

¡Qué tristeza despedir á los que se van para siempre!

LEON

Consolémonos pensando en la eficacia de nuestro destino. Si una generación nos vuelve la espalda y desaparece, abramos nuestros brazos esperando á la que ha de venir.

MARIA

Delante de nosotros hay mucha vida, afanes, alegrías...

LEON

El cuidado inmenso de las vidas presentes... de las vidas futuras... (Aparece don Rafael en la puerta del foro, dispuesto á revestirse; tras él, el sacristán le ofrece la capa pluvial; el monaguillo le alarga la estola.)

DON RAFAEL

(Les llama con cariñosa jovialidad.) ¡Juventud... aquí! (María y León, lanzando una exclamación de júbilo, corren hacia él.)

FIN DE LA COMEDIA

